

SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN

textos y documentos

Número 304

Barcelona, 2 de Diciembre de 1937

Av. 14 de Abril, 556

"Los Dioses tienen Sed"

En un día luminoso y radiante de otoño—fines de noviembre del 37—, ante un mar quieto, que por pereza voluptuosa ni siquiera intenta rizarse, entre palmeras que dejan caer sus ramas como desgranados surtidores, y en el terrado de una casa blanca y gozosa, mi amigo El Pobre Crítico lee con interés un libro sombrío, escrito por un escritor sonriente: *Los Dioses tienen Sed*.

Lo leyó por primera vez en la primavera del año 13, en medio del Mar del Norte, cantado egregiamente por Heine, en la isla alemana de Helgoland. Eran vísperas de terribles acontecimientos, y las gentes aparecían en aquel momento como ajenas a la marcha de la historia. En los hoteles, restaurantes y «cabarets» de Helgoland se bailaba con frenesí alegre el tango argentino, entonces tan en boga, nada hecho para los dones coreográficos del alemán. Sin embargo, lo bailaba, y lo bailaba como niño que descubre un juguete nuevo, mientras en los promontorios de la isla los marinos se ejercitaban haciendo señales y maniobrando... sin duda alguna en espera de acontecimientos decisivos.

Recuerda ahora mi amigo la impresión que le produjo la lectura de tal libro en aquel tiempo alegre, precursor de tantas cosas sombrías. Por eso ha vuelto ahora a leerlo—ante un paisaje bien distinto, luminoso y sereno, y ante un momento de la historia de su patria sombrío, si alguna vez los tuvo. Todo es ahora tan distinto... que la lectura de un libro tiene que ser distinta también, y, sobre todo, la impresión o huella que nos deje.

Dicen los críticos que Anatole France es un valor *d'avant guerre*; que le ha sucedido lo que al dinero cuando su signo pasa del oro o la plata al papel-moneda; se ha desvalorizado vertiginosamente, y ya nada tiene que decir que valga la pena de ser oído a los hombres del día. Era un autor de los tiempos del sombrero «canotier» y de las mangas en forma de jamón. En otra medida, ni más ni menos que López Silva. Porque en nuestra época ya no se usa siempre sombrero; las mujeres lucen con frecuencia los brazos al descubierto, y marchan por las calles con paso y braceo gimnásticos; no está vigente la doctrina antimilitarista, porque rige la conciencia del mundo la Teoría de la Gran Guerra de Clausewitz; y, en cuanto a escepticismo—aquel escepticismo sonriente e irónico que cultivó en su artificioso jardín de invierno el viejo France—, ya no tiene ocasión de actuar, porque es un escepticismo de poltrona y buena vida burguesa—la de aquellos años de esplendor material que van desde el último tercio del siglo XIX a 1914—, y ahora hemos perdido to-

dos la seguridad del vivir y es el arte de vivir con riesgo el que ha impuesto de nuevo su estilo a todo el mundo, y en una forma que tal vez la historia anterior a 1914 no ha conocido. Parece como si Esparta se hubiere mezclado y fundido con Sodoma y Gomorra en una como poderosísima ciudad infernal. ¿Puede en ella, puede en sus jardines de Akademos o en su ágora, florecer el escepticismo sonriente, con sus sales y flores del Atica, como en los días que importó Europa el danzón argentino?

—Sí, Anatole France no es ya de esta época. Nada tiene que ver con ella, ni siquiera como padre o como abuelo—piensa El Pobre Crítico. Nada, nada. Pero eso no quiere decir que su arte, que su obra, haya perecido sin esperanza de resurrección. Eso sí que no... Un gran artista nunca perece, y France lo era sin duda alguna. ¿Que no encaja su pensamiento con el del día?... Desgraciadamente para nosotros, que apenas hemos podido saborear las mieles de los tiempos bonancibles, así es. Pero ese es nuestro mal, y no el del gran artista. Desapareceremos nosotros con nuestros huracanes de acero y fuego, con nuestro total desprecio por la vida humana, con nuestras arengas de vesánicos y nuestras legiones interminables de hambrientos y doloridos, con nuestro mesianismo fundado en las máquinas de guerra—y los hombres que supieron cultivar en sus cuidados jardines las flores más delicadas del ingenio humano volverán de nuevo, mejor dicho, no volverán, porque mientras subsistan siquiera algunas hiladas—y todavía quedan muchas en pie a pesar de todo lo que hacemos por derribarlos—de la civilización, esos hombres tienen asegurada su actualidad y permanencia. Por eso—concluye El Pobre Crítico—Anatole France, digan lo que quieran sus precipitados enterradores, tiene su rincón ameno y viviente en estos largos y tenebrosos días de temporal histórico. Es como este paisaje—rosa, oro y azul—que se tiende ante mí, con sus blandos ritmos de montañas ondulantes, con la anchurosidad de su mar quieto, y con este sol tibio y confortador—sol de perro aldeano perezoso y de viejo epicúreo—, que hace olvidar la desdicha y miseria del hombre y la pesadumbre de la historia.

¿Y no es acaso esa la lección o moraleja que se saca de la lectura de *Los Dioses tienen Sed*? ¿No es esa la conclusión dialéctica a la que nos quiere llevar por los caminos sombríos de su obra el epicúreo sonriente? Sin duda alguna es esa. Los Dioses tienen sed; y la tienen de sangre. Es fatal que la calmen o la sacien. Ley de natura y aun ley de espíritu, que diría De Maistre. La

Gran Revolución francesa—y un cuadro de la misma es el libro citado—es uno de esos momentos históricos que duran a lo mejor, o a lo peor, un cuarto de siglo o mucho más, durante los cuales los Dioses se entretienen apasionadamente en calmar su perenne y ardiente sed de sangre a costa de los humanos; y hasta que no la sacian o, por lo menos, amortiguan su ardor considerablemente, no hay manera de que haya paz. El hombre, por su naturaleza y su espíritu, necesita oficiar con cierta frecuencia en los teocalis de Huitzilobos y de sus semejantes. Y ahora estamos en uno de esos momentos. ¿Cuánto durará? Sabemos que comenzó en 1914. Nadie vislumbra su final. Pero éste será sin duda como el de la novela de France: un retorno momentáneo, como momentáneo también fué lo otro, a la vida placentera. Los que condujeron—¿no sería mejor decir los que fueron conducidos?—las tempestades de fuego, los que encarnaron fugazmente las fuerzas históricas del momento, son aniquilados por esas mismas fuerzas, una vez desempeñado su papel, mientras que siguen viviendo y gozando de los bienes de la vida los que cambian instintivamente, sin saber cómo ni por qué, con los vientos de la historia. El dios de Epicuro, que es el de France, los protege; y mientras pudre bajo tierra el guillotinado jacobino Evaristo Gamelin, héroe principal de la novela, candoroso y terrible sacerdote de los dioses sedientos, Elodia Blaise, su amante, más por la carne que por el espíritu, arroja al fuego la sortija con el busto de Marat, que él le regalara como símbolo de alianza, y se entrega al mujeriego gravador Desmahis. «Entre lágrimas y sonrisas—dice France—, radiante de belleza, de ternura y de amor, libre ya del pasado, se arrojó en los brazos de Felipe...»

Berenson dice que lo que a una obra de arte discierne el galardón de la perpetuidad, es la vida que en ella haya sabido poner el artista. Leída y vista a la luz de nuestros acontecimientos, esta obra de France está grávida de ella. Hemos de volver otra vez a repasar sus páginas, preñadas de vida artística y de realidad.

JUAN DE LA ENCINA

(Escrito expresamente para el SERVICIO ESPAÑOL DE INFORMACIÓN.)

**SE AUTORIZA
la reproducción de
cuanto se publica
en este DIARIO.**

**Por esta
razón creo y
aseguro que**

**esta carta debe ser
apócrifa. La carta no
puede venir ni de
Vuestra Eminencia, ni
de ningún prelado, ni
de ningún sacerdote,
ni siquiera de un cre-
yente, pues si tuvié-
ramos que terminar**

**por alabar a los asesinos de Lé-
rida, ¿por qué se nos enseña a
aborrecer a Herodes?**

**(«Carta abierta a Su Eminencia el Cardenal Ver-
dier, arzobispo de París». — Léase en 3.ª plana.)**

Mussolini prohíbe la entrada en Italia de prensa extranjera

Roma, 25 (4 t.). — Por un decreto de la Presidencia del Consejo, queda completamente prohibida la entrada en Italia de periódicos extranjeros.—Fabra.
(«El Sol», Madrid, 26-XI-37.)

Libro prohibido

Berlín, 30. — La Gestapo ha prohibido la entrada en Alemania de la obra «La lucha religiosa en Alemania», editada en Zurich por Rudolf Grow.

CONFISCACIÓN DE DINERO EN UNA IGLESIA

La Gestapo confisca las colectas de una Iglesia

Stuttgart. — En la pequeña parroquia wurtemburguesa de Arlen existe hace mucho tiempo una hermandad católica. Hace unos días la Gestapo entró en el recinto parroquial cuando en la iglesia se estaba realizando una colecta a beneficio de la comunidad. La Gestapo se apoderó de la cantidad recaudada, dando después una nota en la que sólo decía lacónicamente: «El dinero ha sido confiscado».

(«Pariser Tageszeitung», 27-XI-37.)

En Portugal se ha decretado secretamente la movilización

Bayona, 20. — Sábese de fuente segura que Portugal acaba de proceder a la movilización secreta.

La orden se ha dado en forma de circular dirigida a los oficiales del ejército y se refiere a éste y a los «legionarios» (milicias fascistas portuguesas).

Se ha hecho una concentración de fuerzas a lo largo de la frontera española. Ya hay dos divisiones reunidas en Beja.

La «Gestapo» en las minas de Lorena

Los obreros son espiados en sus conversaciones

Berlín 24. — Desde fines de septiembre, la «Gestapo» ha reforzado la vigilancia de los obreros del Sarre empleados en las minas de Lorena. Estos obreros son espiados en sus conversaciones en los trenes, en el camino de su casa a las minas y hasta en los pozos. Si bien en los acuerdos de Roma se estableció que sólo los obreros del Sarre podían trabajar en aquellas minas, la «Gestapo», para poder disponer de personas adictas, hizo venir agentes de todas las comarcas del Reich, a los cuales sometió en Sarrebruck a un curso especial de policía secreta y los envió a las minas de Lorena, como si se tratara de personas procedentes del Sarre.

La vigilancia rigurosa ha suprimido ya, en seis meses, gran número de pasaportes. En algunos sitios, en quince días, se ha retirado el permiso para cruzar la frontera a más de cuarenta mineros. A los que preguntaban el motivo de esta medida se les contestaba que habían hecho mal en contar en Lorena que en el

Sarre las cosas no iban bien. Los afectados se han quejado en vano al Frente de Trabajo.

(«La Voce degli Italiani», 27-XI-37.)

Más condenas en Roma

Roma, 26.—Ocho personas, entre ellas una mujer, han sido condenadas a prisión por el Tribunal especial de defensa del Estado. Se les acusaba de «organizar centros comunistas en Florencia y en Empoli».

Uno de los acusados, el yugoeslavo Simón Vucevac, trabajaba como zapatero en Empoli. El y otro fueron condenados a doce años de prisión. La mujer, de 30 años de edad, a tres. Sobre los demás acusados recayeron condenas que oscilan entre cinco y diez años.

La vista de la causa, que empezó el martes, se efectuó en el mayor secreto. Se cree que los detenidos fueron declarados culpables de espionaje en favor de Francia.

(«The Manchester Guardian», 27-XI-37.)

Cómo se perdió el "Komsomol"

Por G. Mesentsev, capitán del "Komsomol"

Una campaña alemana contra Lituania

Berlín, 27. — La prensa alemana inicia esta noche una nueva campaña contra Lituania con motivo de la sesión de la Dieta de Klaipeda, en donde, según declaran los periódicos, el germanismo de Memel ha protestado contra las violaciones del estatuto del territorio por Lituania, especialmente contra la ley que prevé la expropiación con fines militares y económicos. «Esta tentativa, afirma el «Voelkischer Beobachter», provocará las protestas de los habitantes de Memel y de todo el pueblo alemán.»

El «Berliner Tageblatt» declara, por su parte, que Lituania es poco dispuesta a aplicar la ley de expropiación en Klaipeda, y añade que cualquiera que sea la presión ejercida por Kaunas, el territorio de Klaipeda no renunciará al restablecimiento de la base legal conforme al estatuto.

(«Le Soir». Bruselas, 29-XI-1937)

Los pescábamos y tirábamos, pero después nos acostumbramos a ellos. Por la mañana nos daban «café», un brebaje turbio, sin rastro de azúcar. Agua tibia no nos tocaba. El jabón no le vio tampoco ninguno de nosotros durante los diez meses que duró este terrible cautiverio.

Diariamente, por la mañana y por la noche, nos lavábamos todos con agua fría. Hacíamos gimnasia. Veinte veces al día hacíamos la limpieza de nuestras celdas, único trabajo que era permitido en «Santa María». Pero aun para este trabajo se concedía solamente un pequeño pedacito de trapo, y la basura había que recogerla con las manos.

La jornada comenzaba a las seis de la mañana. Para levantarse se daba la señal con una corneta o por medio de palmadas. Oído lo cual debíamos salir de las celdas y formar fila. Así comenzaba la revista. Los que llegaban tarde eran golpeados con lo primero que tuvieran a mano. Más tarde, cuando comenzamos a ponernos amarillentos, a adelgazar y a decaer, cuando ya los fascistas vieron claramente que pronto no podrían recoger más que nuestros cadáveres, fueron introducidos los paseos. Pero aun entonces, los que llegaban tarde a la revista eran golpeados, o bien se les quitaban los paseos por siete, catorce y aun por treinta días.

Los paseos se organizaban en medio de un gran silencio. Nos mantenían en un ala especial. Ninguno de los demás reclusos debía vernos.

Para no perder la razón manteníamos conversaciones entre nosotros. Elegíamos un tema determinado y comenzábamos a recordar: congresos de los Soviets, transporte ferroviario, industria pesada, ligera, forestal. Sólo no nos ocupábamos — por causas que se comprenderán fácilmente — de la industria de la alimentación.

El 29 de julio, de una manera imprevista, entró el director en nuestra celda, acompañado de dos alemanes. Uno de ellos se conducía como patrón y no hacía más que dar órdenes al director.

—¿Cómo ha llegado usted aquí, después de hundir usted mismo el barco? — me preguntó el alemán.

Era una pregunta tan insensata que levanté los hombros y contesté que no teníamos ningún motivo para hundir nuestro propio barco, y que él probablemente debía saber muy bien quién lo había hundido.

—¿Qué llevaban ustedes? — interrogó nuevamente.

—En el libro de a bordo está consignado — respondí.

Exigió el libro. Posteriormente el director de la cárcel me mostró el recibo que le entregó este alemán. Según ese recibo, el alemán se había quedado con el libro de a bordo y con mi diploma de capitán de altura.

Nos pusieron en libertad — el primer grupo de once personas — de una manera algo imprevista. Después del «desayuno», consistente en un vaso de brebaje se abrió de repente la puerta y me llevaron al director de la celda. Vi que llevaban también otras seis o siete personas. Nadie sabía de qué se trataba.

—El generalísimo Franco pone en libertad — declaró el director—. Hoy irán ustedes a Francia...

Nos sacaron al anochecer. Miles de ojos cariñosos nos acompañaron. Miles de reclusos españoles que paseaban en el segundo patio se hicieron a un lado para dejarnos paso. Y, de repente, esta multitud se apartó a un lado como atacada por un tigre. Me volví. En medio del patio había un sujeto con un látigo. Llevaba el gorro echado a un lado. Estaba borracho y furioso. Recordé al ayudante del director del penal de Santa María.

A la salida del penal nos colocaron de nuevo las esposas de hierro, nos ataron de dos en dos y, bajo una guardia reforzada de gendarmería, nos condujeron por un polvoriento y pedregoso camino.

La carretera de Sevilla... El presidio de Sevilla... Nuevamente los grilletes y un vagón cerrado hasta Irún... La espera penosa en Irún... El comandante de la frontera y los falangistas a quienes los gendarmes nos entregaron...

Ahora, cuando estamos ya en nuestra patria, cuando no vemos a nuestro alrededor más que personas amadas, cuando te recibes en todas partes con una sonrisa amistosa y se apresuran a estrecharte la mano, la última semana de reclusión parece el fin de una terrible pesadilla.

Pero no, no es un sueño. El poderoso país del socialismo, como firme, ha arrancado a sus hijos de las garras de la fuerza cuyo nombre es el fascismo. Si no tuviéramos nuestra admirable patria, estaríamos hace ya mucho tiempo en el fondo del mar, junto al hermoso «Komsomol».

Nunca nos olvidaremos de la patria, estaríamos cómo se hundía en el verde mar, torpedeado por los cañones de la partida desenfrenada de fascistas. Día llegará en que nos paguen por completo la cuenta que cada día, cada hora, les prepara la historia.

Hiel y crueldad del fascismo

Praga, 30. — Por recaudar dinero para los niños españoles, los Tribunales de Varsovia han condenado a un obrero a tres años de prisión.

Este DIARIO se reparte gratuitamente

A nuestro regreso de Valencia, adonde habíamos llevado los regalos de las mujeres y niños de la Unión Soviética para la población de la España republicana, recibimos, todavía en el mar Negro, la orden de dirigirnos hacia el puerto de Poti, para cargar mineral de hierro que debíamos llevar a Bélgica, a Gante.

El 2 de diciembre de 1936 estábamos ya en Poti. Cargamos, como siempre, rápidamente. El plan anual lo habíamos realizado ya en otoño y estábamos en vísperas del tercer viaje stajnovista, el último del año, según creíamos, dando a esta palabra el sentido más solemne.

Salimos de Gante el 5 de diciembre. En la noche del 14 dejamos atrás Argelia.

Lo que sucedió más tarde quedó grabado en mi memoria para toda la vida. Me encontraba en el departamento de máquinas, donde todo brillaba como en un salón, cuando vino el piloto de guardia y me informó de que se acercaba un acorazado.

Salí rápidamente y distinguí un buque al costado del nuestro. Llevaba la bandera monárquica española. Había mucho personal en la cubierta; los cañones estaban sin fundas y nos apuntaban.

Desde el acorazado nos hicieron señal de abandonar el buque. Una señal bien clara, pero mi tripulación estaba completamente tranquila. Cada cual se ocupaba de su trabajo.

—Veo la señal, pero no la comprendo—respondí yo.

Mientras tanto, sin esperar a que yo hiciera la señal, enviaron desde el acorazado una lancha hacia nosotros. Venían en ella un oficial, un intérprete y seis marineros armados con fusiles y pistolas. Todo el armamento, según pude distinguir, era italiano. Como piratas, toda esta banda subió al «Komsomol». El oficial hasta rechazó la mano que cortésmente le ofrecí uno de mis segundos para ayudarlo a subir.

Inmediatamente ocuparon los camarotes. El oficial exigió los documentos de carga, la lista de la tripulación y los documentos del barco.

—El barco va a ser torpedeado; les concedemos quince minutos para que se salven—declaró el oficial.

Tuvimos tiempo de observar a los marineros del general Franco. Todos estaban muy mal vestidos, descuidados y calzaban alpargatas.

Después de presentar los documentos al oficial, ordenó:

—¡Preséntense en el acorazado!

No había posibilidad de ganar tiempo. Mi tripulación estaba ya lista para bajar, a pesar de que en nuestro barco se había hecho la vida más normal hasta el último momento. Un pequeño rasgo bien característico: cuando a nuestra camarera María Vasilievna le dijeron que había orden de abandonar el barco, contestó:

—Esperen, tengo que terminar de secar el piso.

Las mujeres — había dos — María Vasilievna Fomenko y la encargada del comedor, Tatiana Vasilievna Bosmanova — fueron las primeras en ser bajadas a la lancha con sus cosas. Más exactamente, con pequeños llos que contenían alguna ropa y vestidos. Los restantes, hombres, bajaban

solos por las cuerdas y sin equipaje alguno.

El trasbordo se realizaba de una manera ejemplar, sin la menor confusión y sin rastro de inquietud.

El acorazado estaba a unos cien metros de nosotros. Todos veían sus señales. Alguien observó que era, al parecer, el «Canarias», y como comprobamos después, no se equivocó.

Yo bajé el último, y la lancha se apartó del «Komsomol». Todos estaban en silencio. Cada uno de nosotros tenía la esperanza de que el comandante del acorazado nos alejaría de su buque entregando nuestro destino al mar. Después de haber navegado cuatro años en el velero de instrucción «Tovarisch», yo estaba pronto para ello. Aun en la lancha, nos hubiéramos entendido con los elementos.

Cuando nos acercábamos al acorazado nos fotografiaron varias veces. Luego bajaron la escala y dieron orden de que subiésemos. La oficialidad del acorazado estaba desenfrenada: reía, gritaba, mostraba los puños. Sólo en los ojos de los marineros veíamos su simpatía por nosotros. Los marineros se sentían algo cohibidos, sabiendo que se habían apoderado de nosotros en zona neutral.

Después de registrarnos nos pusieron en fila; creíamos que se preparaban a fusilarnos. Pero estábamos dispuestos a todo. Un oficial que se acercó me ordenó que le hiciera la lista de la tripulación en inglés. La hice. Después de una rápida ojeada el oficial me interrogó:

—¿Ha quedado alguien más a bordo?

Yo respondí que en el «Komsomol» no quedaba nadie.

Entonces comenzaron a bombardear al buque con el fuego de sus cañones. Hacían disparos simultáneos. La distancia no era grande; sin embargo, los primeros cañonazos no dieron en el blanco.

Vibraba el barco, vibraban también nuestros corazones, pero no de temor por nuestra propia suerte, sino de rabia y de odio infinito hacia aquellos piratas.

En total lanzaron treinta y cinco cañonazos.

Ninguno de nosotros vio el momento del completo hundimiento del «Komsomol». Vimos solamente cómo uno de los cañonazos dio en los depósitos de petróleo y nuestro barco comenzó a arder. La bandera ondeaba todavía sobre la popa, que empezaba a hundirse, cuando nos rodearon soldados armados y con los fusiles cargados nos condujeron a la bodega.

Nos dividieron en dos grupos, colocando a las mujeres aparte. Yo había llevado conmigo un mapa y el libro de a bordo. El mapa me fué quitado durante el registro, pero el libro de a bordo quedó en mi poder. Sentados en la bodega, escuchábamos durante hora y media el fragor de los cañonazos y el estampido de las explosiones. La avalancha continuaba. El acorazado ahuyentaba a todos los barcos que pretendían acercarse al «Komsomol» en llamas.

Una hora después comenzó el interrogatorio. A mí me llamaron el primero. Interrogaba un oficial alemán que pretendía, con muy poca habilidad, pasar por español.

En el acorazado permanecimos ocho días en completa incertidumbre. Nos alimentaban mal, añorábamos nuestra cocina. Adelgazamos bastante. Entre cerrojos oímos dos veces fuego de cañón. Posteriormente supimos que era el bombardeo de los pueblos y aldeas indefensas de la España republicana.

El 22 de diciembre fondeamos en Cádiz. El acorazado fué recibido con salvas y banderas. Por lo visto, le saludaban con motivo del hundimiento victorioso de un barco pacífico absolutamente desarmado.

En tierra, nos rodearon inmediatamente gendarmes y soldados armados. Uno de ellos me arrancó la gorra de la cabeza. Al ver en ella la insignia con la hoz y el martillo, los gendarmes rugieron: «¡Ah, bolchevique!».

Después de esto, colocándome nuevamente la gorra, me pusieron las esposas con la habilidad de antiguos carceleros.

Supuse que se limitarían a esto. Pero, ahorrando de la misma manera a mi vecino, el marinero Pavlenko, ataron mi mano derecha a su mano izquierda con cordeles hasta por encima del codo. Lo mismo hicieron con los restantes.

Del puerto nos llevaron en dirección desconocida. La ciudad quedó a un lado. Era de noche. Viajamos mucho tiempo; luego nos detuvimos frente a un edificio débilmente iluminado por dentro. Era un cuartel.

Los gendarmes se habían detenido a propósito allí, para que nos vieran los soldados. Los soldados se acercaban al camión, observándonos en silencio. Los gendarmes se vanagloriaban de algo, estaban enteramente borrachos y daban a entender por señas que nos iban a fusilar. Luego, dirigiéndose a nosotros, sacaban las pistolas de las fundas, mostrando las balas y haciendo con la boca una mueca de contento.

Por fin nos llevaron a una fortaleza de aspecto muy sombrío. Era el penal de Santa María. Los gendarmes le llamaban en broma el «palacio de Franco». A la puerta de ese «palacio» nos hicieron formar en fila frente al muro. Sonaron los cerrojos de los fusiles y golpearon las culatas. Era la comedia del fusilamiento.

De pronto salió del portón la guardia de la cárcel. Amenazando con sus porras de goma nos condujo al interior del presidio. Los gendarmes les gritaron algo desde fuera, pero la guardia no escuchaba, porque tenía prisa para realizar el «registro». El «registro» se redujo a limpiarnos los bolsillos.

Por la mañana entró a mi celda un oficial y me dió a conocer las reglas de conducta. Eran muy numerosas, pero todas se reducían a las palabras «se prohíbe». Mezclando palabras italianas y españolas, pero más por medio de señas y gestos, el oficial me explicó que en la cárcel se prohíbe cantar, escribir, leer, fumar, silbar, mirar por el «espía» de la puerta, así como también coser y estar acostado o semiacostado durante el día.

Transcurrió un mes. Nos alimentaban peor que a los perros. Fuera de judías podridas y un minúsculo mendrugo de pan, no nos correspondía nada. Un potaje hediondo que frecuentemente hervía de gusanos. Al princi-

Carta abierta a Su Eminencia el Cardenal Verdier, Arzobispo de París

Monseñor,
Me atrevo a dirigir a Vuestra Eminencia esta carta y me atrevo a hacerla pública, porque me encuentro en un abismo de dolor, creo ser intérprete del dolor de otros muchos hombres y quiero buscar un eco en el corazón de Vuestra Eminencia que, por el solo hecho de ser un príncipe de la Iglesia católica, debe tener el alma puesta a la comprensión y la ternura.

Hace pocos días, Lérida ha sido bombardeada por los invasores de mi país — soy español — han escogido, como objetivo principal de su agresión, una escuela de niños. ¡Una escuela de niños, señor Cardenal! ¿Puede Vuestra Eminencia representarse algo más bárbaro? Como en Madrid, como en Guernica, como en Barcelona, como en Valencia, como en todas partes, son los niños quienes principalmente persiguen los fascistas. Hasta dónde ha descendido el alma de esos monstruos!

La guerra es siempre el atentado supremo contra la ley de Dios, pues no es verdad que haya guerras santas, pero los acontecimientos que destruyen a España son aún más abyectos que una guerra. En una guerra, los hombres luchan contra los hombres, los ejércitos contra los ejércitos. Ya es bastante horrible! Pero la agresión contra ciudades abiertas y contra la población civil es una excepción. Y la persecución de niños, persecución que va hasta el aniquilamiento de las pequeñas víctimas, es cosa que hasta hoy no se había visto.

Un fotógrafo ha sorprendido la actitud de algunas madres que, en su desesperación sin límites, lloran ante el cadáver de su hijo. Reproché esas fotografías en este folleto para que Vuestra Eminencia y el mundo entero las contemplen. Mirad, Monseñor, mirad esos pequeños cuerpos inertes y despedazados. Mirad, Monseñor, mirad la expresión de esas madres para las que en este instante la tierra se ha hundido, el cielo se ha derrumbado y para las cuales todo lo que es humano y todo lo que es divino, ha perdido su razón de ser. Estoy seguro que, ante este espectáculo, el alma de Vuestra Eminencia se rebelará, pues si así no fuera, ello significaría que Vuestra Eminencia carece de ella.

¿Por qué me presento ante Vuestra Eminencia con mis lágrimas y con mi indignación, en vez de dirigirme a los obispos españoles? Por dos razones. La primera es que los obispos españoles han dejado de ser obispos. Son políticos movidos por pasiones políticas, son guerreros desencadenados, son los protagonistas de la matanza y de la carnicería, han renegado de la ley del amor que Cristo trajo al mundo, y cuando no pueden despedazar seres humanos, destruyen la verdad y la gramática. Pero Vuestra Eminencia — y esta es la segunda razón — no es español y se encuentra, como se dice en su país, «au-dessus de la mêlée». Por esto es por lo que puede hacer justicia y sembrar la caridad. Y es la justicia y la caridad lo que me atrevo a pedirle.

Pero ocurre que me han enseñado en un pe-

riódico francés, cierta carta atribuida a Vuestra Eminencia. En esta carta, se hace mención de «simpatía y reconocimiento» hacia los verdugos de niños; para el autor de esta carta, los niños y sus madres representan «el ateísmo soviético» y sus verdugos «la civilización cristiana»; esos mismos verdugos tienen «una grandeza incomprensible y su actitud un carácter emocionante»; y esos verdugos que dan muestras de una ferocidad inconcebible, de un salvajismo que no podría ser superado, más crueles que los tigres, más insensibles que las piedras, más destructores que el fuego y la tempestad y el temblor de tierra, son alentados, son apoyados como si fueran «la España de mañana». Por fortuna, Dios no puede escuchar esas predicciones, aunque sean formuladas por labios de obispo.

¡Qué cruel desilusión, Monseñor! Para nosotros, españoles, el nombre de Vuestra Eminencia estaba siempre rodeado de una aureola de virtud y de sabiduría. Hemos oído hablar del cardenal Verdier como de un hombre bastante diferente de nuestros obispos, cuya impermeabilidad de corazón (salvo raras excepciones) sólo es excusable por la pobreza de su entendimiento. Por esta razón creo y aseguro que esta carta debe ser apócrifa. La carta no puede venir ni de Vuestra Eminencia, ni de ningún prelado, ni de ningún sacerdote, ni siquiera de un creyente, pues si tuviéramos que terminar por alabar a los asesinos de Lérida, ¿por qué se nos enseña a aborrecer a Herodes?

Monseñor, los cristianos sencillos como yo, no entienden nada de teología y tienen de la Divinidad un concepto primitivo y plástico. Nos representamos a Dios sentado sobre un trono de nubes y rodeado de ángeles. Entre esos ángeles se hallarán ahora los niños de Lérida, de Valencia, de Barcelona, de Guernica. Y le dirán:

«Señor, Señor, ¿por qué nos han matado? ¿Por qué han aniquilado a nuestras madres? ¿Somos nosotros culpables de las luchas de los hombres? ¿No fuiste Tú, Nuestro Señor, quien dijo «dejad que los niños se acerquen a mí»? ¿Cómo pueden, pues, tus ministros aplaudir cuando alguien se nos acerca para ametrallarnos? ¿Cuál es Tu verdad? ¿Quiénes son tus portavoces en la tierra?»

Monseñor, ved estas fotografías. Vedlas una vez más. Mantened vuestra vista en ellas durante una hora. Y, si Vuestra Eminencia hubiese, en efecto, escrito la primera carta, escriba una segunda para llevar algún consuelo a esas madres y una esperanza de justicia a un pueblo.

A un pueblo que, aún teniendo en horror a sus malos pastores, aún maldiciéndoles, sigue creyendo en un Dios soberano que, un día, juzgará con rigor inexorable a todos; a todos, incluso a los obispos, e incluso a los cardenales, según su conducta.

Y según sus palabras.

Un Español

(De un folleto con ilustraciones fotográficas recientemente aparecido.)

Los extraños conceptos del matrimonio y del adulterio masculino en el III Reich

Antes de su advenimiento, el nacionalsocialismo se presentaba a las «gentes honradas» como defensor de los principios del matrimonio y de la familia y acusaba a los «marcas» de haber precipitado la descomposición moral del pueblo alemán. Pero toda la nueva filosofía racial del régimen hitleriano tiene por finalidad destruir los conceptos del matrimonio y de la fidelidad conyugal que han triunfado en Occidente.

¿Cómo conciben los más auténticos intérpretes del racismo y del neopaganismo nazi la unión del hombre y la mujer? Dirijámonos para saberlo al «Schwarzes-Korps», órgano oficial de las milicias negras. En un número reciente, este periódico declara que el divorcio debe admitirse siempre que no se cumpla «el deber racial y moral del matrimonio». ¿Cuál es este destino? Es la prole, sólo la prole, con exclusión de cual-

quier otro valor. Y el «Schwarzes-Korps» saca toda clase de consecuencias:

«El matrimonio puede tener como fin supremo, bien la descendencia o bien la felicidad recíproca de los cónyuges, pero no las dos cosas a la vez. La una ha de servir a la otra y, por consiguiente, cederle el paso.

Naturalmente, es la fidelidad la que sufre las consecuencias de este curioso dilema nazi. El hombre y la mujer no pueden ser considerados en un pie de igualdad.

«Las relaciones fuera del matrimonio son para el hombre completamente distintas que para la mujer. Se nos ha privado de la posibilidad de que nos demos cuenta de este hecho porque se ha calificado al instinto de atracción de los dos sexos con el mismo término para uno como para el otro. El instinto masculino y el instinto femenino han sido considerados, a causa de ello, como

dos fenómenos iguales. Ya es hora de depurar nuestra vida alemana de este concepto introducido sobre todo por la Iglesia. El adulterio cometido por el hombre constituye, tanto desde el punto de vista puramente fisiológico como desde el del matrimonio, algo muy diferente del adulterio de la mujer.»

El «Schwarzes-Korps» se mofa de la idea según la cual «el matrimonio en sí puede tener un carácter sagrado», y descarta resueltamente «el punto de vista de la felicidad personal de los esposos». Según él, un matrimonio estéril es un contrasentido. Debe ser disuelto, aun suponiendo que los esposos sean felices, porque su unión es «una célula inútil en el cuerpo del Estado nacionalsocialista...»

Como es natural, las teorías de este periódico, que dan la ventaja al hombre a expensas de la mujer, le ha valido un gran número de pro-

El cristianismo y el estado alemán

Comunican de Berlín: En su sermón del primer domingo de Adviento, el pastor Müller, tomando como tema un cántico luterano que anuncia la próxima venida del reino de Dios, ha declarado:

«A menudo, tenemos la impresión de que no es así, sobre todo cuando la Iglesia es atacada por los procedimientos más bajos. Pero la lucha muestra que el reino de Dios está aun en pie. Todos los que lo busquen lo encontrarán.»

El pastor oró después por Niemoeller, que está encarcelado desde hace cinco meses y continúa esperando que la justicia emita su fallo. Anunció que, en la actualidad, están todavía detenidos 145 miembros de la Iglesia confesional, y terminó con estas palabras:

«Podrían evitarse muchas cosas, pero lo que ante todo se desea es paralizar nuestra acción y poner el destino de la Iglesia evangélica en manos de personas que ignoran la esencia misma del Evangelio.»

(«Journal des Débats», 30-XI-1937.)

testas de esposas amenazadas. Así, ha juzgado necesario llamar en su ayuda a una militante del partido nazi. Y esta hitleriana cien por cien explica a las lectoras recalcitrantes un curso sobre el matrimonio nuevo estilo:

«El matrimonio es el medio de que la naturaleza se sirve para perpetuar la vida del pueblo. La naturaleza no se preocupa de los derechos, lo que quiere es la evolución biológica. Todo lo demás es aparato, suplemento necesario, pero artificial... Si el hombre y la mujer, en su acción positiva para la procreación, representan valores diferentes, sus infracciones habrán de ser también juzgadas de diferente manera. Un hombre puede engendrar varios millares de niños, una mujer puede

concebir muy pocos. Por la posibilidad de derroche por un lado (sic) y de restricción, por el otro, la naturaleza ha expresado ya por sí misma el valor respectivo que atribuye en cada caso a la procreación y a la concepción.»

Hitler y los dirigentes del III Reich pretenden combatir el «bolchevismo» en todos los aspectos. Pero, ¿no son sus puntos de vista sobre el matrimonio más revolucionarios que los de Moscú? Mucho más, por cuanto que en la U. R. S. S. la legislación reciente hace honor al matrimonio y a la familia, e impone severas sanciones contra la infidelidad masculina, que tantos estragos causó después de la revolución.

A. P.

(«L'Œuvre», 29-XI-37.)

El III Reich ha enviado durante los ocho días últimos una importante cantidad de municiones a Franco

El III Reich de Hitler proporciona diariamente a Franco grandes cantidades de material de guerra. Los informes que publicamos, de fuente absolutamente segura, demuestran, una vez más, la trágica farsa de la «no-intervención».

En Bremen, el 15 de noviembre, se fundó una sociedad marítima para transportar municiones con destino a Franco. Esta sociedad trabaja en estrecho acuerdo con la compañía de seguros Lloyd, de Londres. Paga a sus marinos una suma suplementaria de 70 marcos al mes por los peligros que puedan correr en el mar.

Los barcos viajan con pabellón de los Estados de América del Sur que no forman parte del Comité de Londres.

El 23 de noviembre, la sociedad de transportes fluviales August Bolten, cuyos propietarios son: R. Fritzel y A. F. Binder, de Hamburgo, envió fusiles Máuser y ametralladoras Schmetzer (el mismo modelo que para los «cagoullards» franceses), así como productos químicos. Los envíos de esta sociedad se efectúan con regularidad.

Las sociedades Karl Preis, de Hamburgo-Brandtschwie, e Ibsen, de Hamburgo, Alockengresserwall, expiden igualmente municiones y productos químicos.

En Stade, gran número de vagones que estaban detenidos en las estaciones centrales tenían la inscripción siguiente: «Atención, Frágil. Huevos». En realidad, estaban llenos de productos químicos, que el 15 de noviembre fueron trasladados al vapor «Maritza», de la sociedad Slomann, bajo la vigilancia de la Gestapo. El «Maritza», que llevaba pabellón argentino, hizo rumbo a la España rebelde.

POR ORDEN DEL ESTADO MAYOR ALEMÁN

Las fábricas de armas y municiones de Turingia han recibido la or-

den de construir, en el menor tiempo posible, gran cantidad de bombas, cañones antiaéreos y fusiles Máuser. Este material está destinado a Franco y será transportado por M. Ott, propietario de muchas minas españolas y marroquíes, cuyas oficinas se hallan en Berlín.

El arsenal de marina de la ciudad de Kiel ha suministrado, en los ocho días últimos, importantes cantidades de municiones, especialmente 24 torpedos. El embalaje de estos productos se efectuó durante la noche. Llevan unas etiquetas amarillas en las que se lee: «Atención. Municiones». I. B. Sprengkraeftige Zündungen».

AVIONES

Hamburgo. — El vapor «Achne», de la línea Slomann, salió de Hamburgo el 21 de noviembre, cargado con seis aviones de combate, municiones de todas clases, productos químicos y un líquido especial contenido en botellas que sirve para fabricar nubes artificiales. Durante la travesía se rompió una de las botellas y se produjo una explosión. Resultaron muertos dos marineros.

Los barcos regresan con cargamento de pirita, de cobre y de diversos minerales españoles.

Y mientras Alemania abastece con abundancia a Franco, la frontera francesa con la España republicana permanece cerrada.

(«L'Humanité», 29-XI-37.)

Asesinato nazi

Viena, 30. — En Newstift, provincia de Burgenland, ha sido encontrado muerto a tiros un joven agricultor llamado Veischelberger.

Acusados de haber tomado parte en este crimen, han sido detenidas quince personas. Se cree que el móvil del crimen fué haberse dado de baja del partido nazi.

"El bombardear es tan divertido..."

Creerá el lector, seguramente, que la guerra del aire es una cosa horrible... que las bombas son aparatos mortíferos que no hacen más que causar mutilaciones y sembrar la desesperación.

Pero no hay que llegar a conclusiones tan precipitadas; hay que verlo desde el otro lado. Todo es cuestión del punto de vista desde el cual se mira.

El lanzar torpedos aéreos y bombas incendiarias sobre hombres y animales, puede ser a la vez entretenido y de gran diversión. En efecto, es de una diversión enorme.

Tal es, por lo menos, la opinión de Vittorio Mussolini, el hijo mayor del «duce», que a los veinte años acaba de escribir un libro sobre sus experiencias como piloto de guerra en Abisinia.

Se titula «Voli Sulle Ambe» (Vuelos sobre la montaña del Amba), que desgraciadamente no está todavía traducido al inglés. «A los jóvenes», escribe el precoz autor, «este volumen puede servir como guía para futuros esfuerzos».

Vittorio pasó sus pruebas como piloto en 1934, cuando contaba la edad de 18 años. Su padre mismo firmó su título oficial y le colocó las insignias de piloto con sus propias manos. Un año más tarde Vittorio se presentó voluntario al servicio de las fuerzas aéreas italianas en la guerra de Abisinia.

Vittorio y su hermano más joven, Bruno, se alistaron cuando niños en el Cuerpo de Guardia de los «balillas» de la región milanesa, recibiendo, por lo tanto, todas las ventajas de una completa educación fascista. A los «balillas» se les describe a veces como «exploradores fascistas».

Representan el más puro ideal de la juventud italiana bajo el régimen de Mussolini.

Es, por lo tanto, muy instructivo el leer de primera mano las

impresiones de uno entrenado en los métodos fascistas, cuando acaba de ganar sus laureles como bombardero. Lo encuentra muy divertido.

Sigamos a Vittorio en el aire. «Nunca había tenido la suerte de ver un gran incendio», dice él, «aunque siempre había corrido detrás de las brigadas de bomberos, en casa, cuando los veía pasar». (Pág. 77.)

«Tal vez porque alguien llegó a saber esta debilidad mía, se ordenó a una máquina del 14 escuadrón para que ejecutara un bombardeo en la zona de Addis-Abba exclusivamente con bombas incendiarias. Creo que no había otras razones para ello.»

«...Llevábamos también granadas cargadas con metralla, y por cierto que resultaron de gran utilidad. Unos cincuenta bandidos tuvieron una prueba de nuestra metralla. Era un trabajo entretenidísimo y de un efecto trágico, pero hermoso». (Pág. 78.)

Hay una verdadera emoción en tirar bombas. He aquí lo que Vittorio tiene que decir de uno de sus primeros vuelos:

«Primero suelto unas granadas de metralla, luego dos bombas que pesaban 60 libras cada una, y luego más metralla... ¡Qué altos estamos!»

Noto con disgusto que cada vez que hago blanco no produzco más que efectos sin importancia.

Tal vez esperaba ver explosiones del tipo americano (como en las películas), pero estas chozas abisinias hechas de barro y palmeras no dan satisfacción al bombardero. (Pág. 28.)

«Estamos ahora a 3.500 metros de altura. ¿Qué son aquellos puntos blancos que se extienden con tanta regularidad? Tiendas de campaña abisinias? Casi no puedo creer en mi fortuna. Subo más aun. Ya estamos encima de ellas. Dejo caer toda mi carga. El campamento es el más grande que

jamás había visto durante toda la campaña abisinia.

El efecto es excelente. Varias tiendas de campaña vuelan por los aires. Puedo ver a hombres y animales tratando de escapar por las laderas de la montaña, y con alegría veo también nubecillas blancas.»

Al día siguiente, escribía en su diario: «Lo mismo que ayer. Una desbandada desordenada de hombres y animales con nuestra metralla cayendo en medio de todos ellos. Parece que no saben a qué lado han de correr. Pero no necesitan apurarse, hemos terminado por hoy.» (Pág. 39.)

«El día 14 efectuamos otro bombardeo alrededor de Makalé con granadas y bombas incendiarias. Las bombas incendiarias pequeñas son de gran efecto: al menos ve uno fuego y humo. Quemamos toda la región por completo, pero allí ya no quedaba gente.» (Pág. 39.)

Evidentemente, Vittorio deplora la ausencia de blancos humanos. Pero no por mucho tiempo.

«Aun recuerdo el efecto que produjo sobre un pequeño grupo de hombres de la tribu galla. Estaban reunidos alrededor de un hombre vestido de negro. Les tiré un torpedo aéreo justamente en el centro del grupo, que se abrió como una rosa. Era muy divertido...» (Pág. 48.)

¡Vaya un entretenimiento! Vittorio admite una tendencia a comparar esta caza del hombre con la cacería de animales.

«Por la noche, entre dos jugadas de «bridge», nos aventuramos a hacer pronósticos acerca de dónde se escondían los abisinios. No sabíamos entonces que los abisinios son como animales, y que como animales saben esconderse y salir solamente cuando están seguros de hacer un blanco cierto. Pero aun en este caso no son muy de temer, si el

El dictador portugués hace asesinar a los españoles que se refugian en su país

El «Daily Worker» publica el siguiente comentario sobre Portugal: «Todo el mundo sabe que Portugal está lleno de terratenientes, industriales que luchan pro Franco.

El dictador portugués persigue con saña a todos los elementos de izquierda y se retiene a algunos, muy a su pesar, y bajo la más enojosa de las vigilancias los soporta por ser gente que aprovecha para trabajos técnicos que tanta falta hacen en Portugal.

Pero muchos de esos, refugiados del territorio franquista, han aprovechado la menor ocasión para escapar de Portugal hacia Francia, México, Suramérica y otras plazas.

Mas si alguno de estos infortunados era detenido, los malvados portugueses lo entregaban a las hordas falangistas del otro lado de la frontera y era fusilado sin formación de causa.

En muchos distritos portugueses los policías estaban espiando desde colinas a esos infelices fugitivos españoles, asesinandolos en territorio pañol, a pocos metros de la frontera.

Entre Miranda del Duero (Portugal) y Alcañices (España), esos observadores o espías portugueses asesinaron sólo en una semana a treinta españoles que no habían cometido otro delito que buscar refugio.»

(«El Diluvio», Barcelona, 1-XII-37.)

domador se encuentra cerca.» (Página 32.)

Hablando en términos generales, escribe:

«No puedo decir cuántas toneladas de explosivos nuestro escuadrón ha dejado caer sobre Abbi-Adai. Cada metro cuadrado fué bombardeado. Aquella fué una hermosísima oportunidad para las fuerzas del aire: 30.000 hombres en un frente tan limitado.

«Muchos huían de modo ordenado, especialmente los portadores de bagajes, pero muchos otros seguían corriendo día y noche en precipitada fuga por millas y millas. Cantidades enormes de explosivos caían sobre ellos sin interrupción...»

Basta con lo que ya hemos citado, para demostrar la emoción de los «raids» aéreos...

Recuerdo el comentario que me hacía un joven italiano hallándonos una vez en el centro de la arena del Coliseo de Roma, en una noche de luna. Le decía yo que las ruinas del anfiteatro, en aquella vaga luz, tenían un aspecto bárbaro y salvaje.

«Necesitamos de ese salvajismo, hoy día — replicó mi ami-

go con toda seriedad —. La Italia es demasiado blanda y «duce» tiene razón en enseñarnos a recordar a los romanos, nuestros gloriosos antepasados.»

Véase Vittorio Mussolini (1937):

«La guerra ciertamente es dura y madura, y se la recomienda todo el mundo, porque creo que el verdadero deber de todo hombre es tomar parte por lo menos en una guerra.»

Personalmente, envidio a Vittorio. He visto «raids» de aviación solamente desde el suelo, en Madrid, y mi impresión difiere mucho a la suya en varios aspectos.

Lo encontré menos «divertido». Me fué imposible derivar ningún entretenimiento de un espectáculo de hombres y mujeres destruidos por la metralla o aplastados bajo las ruinas de sus casas. Los quejidos de la población civil que no llegaron a divertirse como a él le ocurre. Pero hay que considerar que yo no había tenido la ventaja de haber sido entrenado en los «balillas».

DENIS WEAVER, corresponsal en Madrid de «News Chronicle», «La Vanguardia», Barcelona, 1-XII-1937.

Diez años de fascismo totalitario en Italia

Del libro del mismo título, original de Silvio Trentin

(Continuación)

que dar la voz de alarma, denunciar la impostura, obrar.

Volvió a Italia, procedente de América, en el verano de 1930, y emprendió la lucha sin perder minuto. Sus ideas políticas eran un poco elementales. Todavía estaban inspiradas por demasiadas ilusiones e influídas por prejuicios, la mayoría de ellos de origen sajón. No tenía confianza en el proletariado y, así, no pudo comprender su papel histórico. Temía que el comunismo fuese el sucesor del fascismo y no vio otro camino de salvación que el que podía abrir la constitución de un gran partido liberal conservador apoyándose en la corona reintegrada al pleno goce de sus prerrogativas constitucionales y descontando la colaboración leal del Vaticano.

A este efecto, lanzó el proyecto de una «Alianza nacional».

Para la difusión de su programa, se sirvió de folletos que él mismo imprimía con «cyclostyl». De junio a octubre de 1930, distribuyó, sin la ayuda de ningún colaborador, ocho folletos de 600 ejemplares cada uno. Para ello, utilizó el correo.

En los meses de agosto y septiembre, Lauro reveló su secreto al escritor Mario Vinciguerra y al periodista Renzo Rendi, y les confió, al mismo tiempo, que a su madre (de origen americano), el envío de sus folletos cuando, en el mes de octubre, tuvo que marchar, por unas semanas, a los Estados Unidos.

El 30 de noviembre, la Sra. de Bosis, Vinciguerra, Rendi y unos colaboradores suyos fueron detenidos en

Roma, acusados de conspirar contra los poderes del Estado.

El 1.º de diciembre, Lauro, que se hallaba en Londres, de vuelta a Italia, supo por los periódicos la detención de su madre y sus amigos. Su primer impulso fué marchar a reunirse con ellos. Pero otros amigos le disuadieron. Debía quedarse para seguir batallando. Así, renunció a constituirse prisionero con la inflexible determinación de llevar la lucha hasta el fin.

La vista del proceso de la Alleanza Nazionale se efectuó ante el Tribunal especial el mes de diciembre de 1930. Vinciguerra y Rendi, que, durante la instrucción de la causa, fueron objeto de los peores tratos, dieron muestras en la Audiencia de gran valor, asumiendo toda la responsabilidad de la iniciativa «criminal» que se les achacaba. El «Manchester Guardian» del 24 de diciembre de 1930, comentando sus declaraciones, observaba:

...que en este proceso son los acusados los que representan al ministerio público y los jueces los que se sientan en el banquillo de los procesados.

Fueron condenados ambos a quince años de reclusión. La Sra. De Bosis fué absuelta. Deprimida por su detención, enloquecida por las amenazas y acusada por su abogado, escribió al duce pidiéndole perdón.

Estos resultados entristecen a Lauro.

El pensar que sus amigos están enterrados en vida mientras él goza de libertad, y que su madre (¡cuán diferente de Erigona!) por haber pagado su absolución con su debilidad, ha podido reintegrarse a su casa, le produce constante inquietud.

Entonces concibe el proyecto de un vuelo sobre Roma para decir a sus jueces que no está huído y que la «Alleanza Nazionale» no está disuelta.

¡Proyecto insensato: está solo y no puede contar con ningún apoyo por parte de otros proscritos que, naturalmente, no quieren luchar por un rey que no ha conservado la corona más que para legitimar la servidumbre de su pueblo! ¿Dónde hallar el dinero? ¿Dónde comprar el avión? ¿Cómo aprender a volar?

Pero lo consigue. En el mes de julio de 1931 tiene todo dispuesto. Desgraciadamente, su viaje se corta en Córcega. Su avión se estrella contra el suelo.

El 3 de octubre, un nuevo aparato le espera en Costa Azul: Pegaso. Antes de subir a él, lanza un mensaje: «la historia de mi muerte».

Mañana, a las tres, en un campo de aviación en la Costa Azul tengo cita con Pegaso. Pegaso tiene un cuerpo rojo y las alas blancas. Aunque su fuerza es de 80 caballos, es esbelto como una golondrina... iremos en busca de quimeras sino a llevar un mensaje de libertad a un pueblo esclavo al otro lado del mar. Además de mis folletos, voy a dejar caer varios ejemplares de un magnífico libro de Bolton King: «El Fascismo en Italia». Como se arroja pan sobre una ciudad hambrienta, sobre Roma hay que echar libros de historia. Después de volar a una altura de 4.000 metros sobre Córcega y la isla de Montecristo, llegaré a Roma hacia las 8 de la mañana, tras de recorrer, en un planeado, los veinte kilómetros últimos. Aunque haga más que siete horas y media de vuelo, si caigo no será por culpa del piloto. Mi avión no hace más que 150 kilómetros por hora y los de Mussolini, que tiene éste 900 aparatos y todos ellos han recibido el orden de derribar, cueste lo que cueste, a tiros de metralladora, a todo aeroplano sospechoso. Si mi avión saldrá muerto que vivo.

Para poder llevar su carga de impresos, reduce la provisión de esencia. Bástale con asegurar el viaje ida. Si no queda bastante para la vuelta, tanto peor.

Después de haber preparado cuidadosamente su sacrificio, se remonta sobre el mar para llegar en un solo vuelo a Roma, la ciudad prohibida — en donde centenares de aviones de guerra se esfuerzan, día y noche, por hacer inviolables las guardias de la disciplina sangrienta —, y lanzar, no bombas a los verdugos, sino palabras de amor y de libertad a los italianos.

Logrado su objetivo, se abandona triunfal al abrasivo impetuoso de las olas y desaparece, en los abismos.

(Continuación.)